

Torre Nueva de Zaragoza podía hacer feliz á Enrique de Lagardère diciéndole:

—¡Sígueme, amigo: ven á buscar á tu prometida, á tu mujer, y no olvides nunca á la gitanita que ha contribuído con toda su alma á devolvértela!



IX

Las aliadas de Aurora.

Satisfecho de sí mismo por creer que había encontrado una aliada, Peyrolles calculó que podía dormir tranquilo; subió á su cuarto, y se acostó.

— Ya lo sabes todo — dijo don Pedro. — Ahora come y duerme, hija mía.

— Esta noche no duermo, padre. Cuéntame minuciosamente todo lo que ha sucedido desde que ese hombre puso los pies en el castillo.

— ¿Le conoces? ¿Conoces á las damas que están arriba?

— Nunca le había visto á él, y nunca vi á las otras; pero sé...

— ¿Qué sabes?

Ella se inclinó para decir al oído del anciano:

— ¡Sé que el gavián ha hecho presa en las pa-

lomas! ¡Sé que son ángeles entre las garras de un demonio, en poder del bandido más canalla que hay en España, con la única excepción de su amo, que aún lo es más que él; de su amo Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga!

Don Pedro Gómez de Carvajal y Valedira irguió con majestuosa dignidad la venerable cabeza.

—¡Oh!—murmuró con calma terrible.—¡Si es así, ese hombre no dormirá más bajo mi techol ¡Mañana al despuntar la aurora me batiré con él, y le mataré!

Una ráfaga de bravura y de energía agitó los blancos cabellos de aquel grande de España, decaído por la fortuna, pero no por su ánimo esforzado ni por la nobleza de su corazón. Recordó lo que había dicho á Peyrolles:

—Llamadme el *Hombre Rojo*. He derramado mucha sangre en mi vida, y aún presiento que he de derramar más.

Su palabra iba á cumplirse; y no era una amenaza vana, pues el noble anciano, no obstante sus años, pasaba entre sus iguales de Aragón y Castilla por ser una de las espadas más diestras y temibles de la Península.

Mariquita se apresuró á intervenir.

—¡No, padre; por favor, no le toques! No ha llegado aún su hora, y su vida pertenece á otro,

—¿Debo complacerte, hija mía?

—Sí, padre: no hagas nada sin que yo te lo diga. Continúa con él complaciente y amable. Dentro de dos días el *Vengador* le habrá matado.

Hablaron aún algunos minutos mientras la gitana, cediendo á las instancias de su padre, cenaba frugalmente, lo que necesitaba bien para restaurar sus fuerzas. Cuando terminó fué á asegurarse de que aún había luz en la cámara de Aurora y de que el mayordomo dormía.

—Ahora voy á verla.

—¿Á quién?

—Á la señorita de Nevers. Ve á dormir, padre, y descansa: yo no tengo tiempo esta noche. Es una felicidad para mí que me hayas comunicado algo de tu ciencia enseñándome á escribir. Ahora necesito ejercitar mis habilidades.

El buen hombre, sabiendo poco para sí, no pudo enseñarle gran cosa. Era moda entre los aristócratas españoles de aquel tiempo saber apenas firmar, como sucedía también en la aristocracia francesa. Escribían mucho mejor que con la pluma de ave con la punta del acero en el pecho de sus adversarios, mejor con sangre que con tinta, y en la piel humana mejor que en los pergaminos.

Mariquita sabía lo bastante para escribir legiblemente;

«Abrid sin hacer ruido, y no pronunciéis una palabra más alta que otra cuando me veáis. Soy una amiga, y os traigo noticias de Lagardère.»

—¡Buenas noches!—dijo en seguida, besando cariñosamente á su padre.—Ve á descansar, no te cuides de mí. Pasaré la noche con ellas.

Subió la escalera sin hacer el menor ruido y llegó á la puerta, deslizando el papel por debajo, y arañando nuevamente la madera de modo que no pudiera ser oída por Peyrolles.

Aurora dormía profundamente; pero doña Cruz, acostada á su lado, invocaba en vano al sueño. Con la cabeza sostenida por su manita pensaba en mil cosas diversas: en la libertad, en Chaverny, en Lagardère. Vió el papel; pero no se movió: su primer pensamiento fué que pudiera ser un lazo grosero de Peyrolles. Pero la curiosidad femenina la venció. Recordó el semblante leal y noble del misterioso huésped, y no podía creer que aquel anciano fuera un enemigo. ¿No podía, por el contrario, ser un auxiliar, un aliado valioso? Escuchó: oyó el ludir casi imperceptible de los dedos de Mariquita en la puerta, bajó silenciosamente del lecho, y de puntillas llegó hasta el papel, lo recogió, lo leyó, y tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no lanzar un grito al ver escrito en el billete el nombre de Lagardère.

—¿Quién podía ser aquella amiga, si no había en la casa otra mujer que la vieja Concha? Titubeaba aún, por más que un impulso interior la inclinaba á abrir la puerta, detrás de la cual podía estar la salvación.

—¿Qué puedo temer?—se decía.—Peyrolles sabe perfectamente que hemos de hacer cuanto podamos parare cobrar nuestra libertad. Si es añagaza suya, ¿qué va á conseguir? ¿Y si no lo fuera?

Flor entreabrió silenciosamente la puerta, y vió una forma femenina. Los goznes estaban emmohecidos, y rechinaban. La valerosa joven se quedó sin aliento: por fortuna, una ráfaga de viento hizo rechinar al mismo tiempo la herrumbrosa veleta de la vieja torre, confundiendo ambos ruidos. La desconocida entró, y una vez cerrada por dentro la puerta las dos gitanas se miraron y lanzaron sendas exclamaciones:

—¡Mariquita!

—¡María Cruz!

Cayeron una en brazos de la otra y se besaron con efusión sincera, sin poder pronunciar palabra durante buen rato. Por fin la hija de don Pedro se desasó del abrazo, y se acercó al lecho donde dormía Aurora.

—¡Qué hermosa es! ¡Cómo voy á quererla!

Flor agradeció estas palabras con una elovente mirada empañada por lágrimas de júbilo.

—¡Tú aquí! ¿Cuándo has venido? ¿Cómo pudiste llegar? ¿Te envía él?

—La casualidad. Hace ocho ó diez días que no me separaba de Lagardère. Juntos hemos buscado por todas partes, y en vano. ¡Es aquí, en casa de mi padre, donde os encuentro!

—¿Tu padre?

—Sí; éste no es cómplice de Gonzaga: yo te lo fío.

—Lo sospechaba. Pero ¿cómo no te acompaña el caballero?

Mariquita aproximó sus labios al oído de doña Cruz.

—Dentro de dos días, pasado mañana á media noche, te prometo que vendrá.

En aquel momento despertóse Aurora, inquieta por no sentir á su lado á su amiga. ¡Cuál no fué su sorpresa al verla en camisa en medio de la habitación y hablando con una desconocida!

Las dos gitanas, con el dedo en los labios para recomendarle silencio, se acercaron á la Duquesita.

—¿Te hallas en estado de soportar el efecto de una noticia que te causará gran alegría? — le preguntó Flor cogiendo con sus manos la hechicera cabeza rubia.

—Sí—añadió Mariquita;—os traigo una buena noticia,

—Pero ¿hay aún buenas noticias para mí?

—¿Queréis permitirme que os dé un beso, señorita?

Aurora acercó el rostro á la gitanita, que la besó en la frente.

—Este beso es de parte del caballero Enrique de Lagardère, que lo depositó anteayer en mi frente para que os lo transmitiera.

La piadosa mentira causó inmenso júbilo á Aurora, que dejó caer en la almohada la cabeza medio desvanecida; luego, atrayendo hacia sí la cabeza de Mariquita, cubrió de besos su carita preciosa y morena, mientras bañaban su rostro las lágrimas de felicidad que como lluvia benéfica brotaban de sus ojos.

—¿Dónde está?

—Pasado mañana á media noche estará aquí. Voy á reunirme con él en Zaragoza. Mientras tanto, sed fuerte y prudente.

—¡Estoy soñando! ¡Háblame Flor; despiértame; pruébame que no sueño, que estoy viva! ¡Habla, habla!

—¡No, silencio! quizás no duerma Peyrolles, y puede oirnos.

—Mañana pasaré todo el día con vosotras, y tendremos tiempo de hablar detenidamente. Hasta entonces dormid, y soñad con la felicidad que os aguarda.

Para conseguirlo la joven se fué y las dejó solas. Antes de bajar á su cuarto pegó la oreja á la puerta del mayordomo de Gonzaga, convencién dose de que dormía profundamente. Entonces, con el corazón desbordante de secreta alegría, sin mezcla de la menor amargura, se tendió en un sillón, y se durmió con la tranquilidad del que no tiene remordimiento alguno de conciencia.

Si Peyrolles madrugó al día siguiente, Mariquita se le había adelantado.

—¿Habéis reflexionado?—le preguntó al encontrársela en el patio.—¿Qué resolución habéis pensado tomar?

—Sí; lo he pensado. Hoy asistiré por el día á vuestra enferma. Pero á media noche me iré, y no volveré hasta pasado mañana, probablemente. Desde entonces estaré á vuestra disposición todo el tiempo que queráis.

Este plan contrariaba al mayordomo. No recelaba; pero hubiese preferido que aceptara sin dilación. De todos modos, se alegró de la solución, que le evitaba las molestias de contratar una lugareña, cuyas indiscreciones podrían perjudicar sus planes. Sin embargo, por suspicacia natural trató de enterarse.

—¿Vuestro viaje, hija mía, es pues importante é imprescindible?

—Dispensad—interrumpió altivamente la gitanita:—cada cual tiene sus asuntos y sus deberes, y yo no os pregunto los vuestros.

—Tenéis razón—replicó Peyrolles mordién dose los labios:—sois libre de hacer lo que queráis. Además, parecéis enérgica y valerosa, digna de vuestro noble padre.

—Ambos seguimos el camino recto con la cara muy alta, y Dios sabe que nadie puede reprocharnos nada contrario al honor.

—¡Esta chiquilla—pensó el factótum—no en balde tiene sangre mora en las venas! ¡Afortunadamente, los moros se acabaron para siempre en España!

Abrióse la ventana del cuarto de Aurora, y asomó la cabeza por ella doña Cruz. Peyrolles sonrió satisfecho; primero, porque los pájaros estaban aún en la jaula, y luego, porque no le desagradaba que le viesen en íntima conversación con la joven, suponiendo que, creyéndola hechura suya, no se atreverían á confiar en ella.

Saludó á la dama, que no se dignó responderle, y dijo á la gitanita en voz bastante alta para poder ser oído por Flor.

—Uná vez que os habéis dignado aceptar, no servir á esas damas, que es impropio de vuestra condición, sino prodigarles vuestras atenciones desde hoy, haced el favor de subir á su ha-

bitación, presentadles mis respetos, y enteraos de cómo podéis serles útil.

—Estoy dispuesta.

—¡Un momento!—añadió en voz baja.—Acordaos de lo que os dije. No admitáis confidencia alguna de la compañera de Mlle. de Nevers, que indudablemente tratará de engañaros; y si os hace alguna, hacedme el obsequio de comunicármela.

Mariquita contestó con dignidad:

—No lo esperéis. Lo que me dicen lo callo. Para hacer lo que me proponéis, buscad otra. Si lo hiciese, pudierais creer que también les conta- ba á ellas lo que me decís vos.

—Cierto, cierto; soy de vuestra opinión. Haced lo que os plazca, siguiendo los dictados de vuestra conciencia. Os recompensaré más espléndidamente de lo que podáis desear.

—¿Qué queréis decir?

—No hemos tratado, hija mía, de la remuneración por vuestras molestias. Pero fijadla vos misma sin temor alguno.

—¿No habéis dicho vos mismo, caballero, que yo era demasiado altiva para servir?

—Verdad es; pero yo no tengo el derecho de privaros de vuestra libertad sin una compensación. Dignaos aceptar mi bolsa.

→La asistencia á una enferma no se paga con

dinero, sino con la estimación, y no dudo que la señorita de Nevers me concederá la suya. Me basta con eso. ¡Hasta la vista!

—¡Es original esta salvajita!—pensó el mayordomo al ver desaparecer á su interlocutora de un salto, como una cervatilla ó una gamuza.— ¡Afortunadamente, he caído en buenas manos! Tanto la hija como el padre desprecian el oro, por el cual se cometen tantos crímenes. ¡Tanto mejor! Todo lo que ellos no reciban, otro tanto que yo me embolso, y así, ¡á pedir de boca! En tanto que Gonzaga, mi señor, va á tener á Lagardère—caso de que aún viva, que lo dudo— apartado de estos lugares, nuestros cuarteles de invierno no serán muy malos en este castillo de Gudar.

Peyrolles estaba desconocido. Hubiérase dicho que había ganado su retiro y que iba á terminar allí tranquila y sosegadamente sus días como un honrado rentista. Los grandes criminales se complacen también en hallar un asilo de reposo, y se duermen en él confiados hasta que la justicia celeste ó la de los hombres los encuentra.

El factótum del Príncipe fué á recostarse satisfecho en la muralla para asistir al despertar de la Naturaleza. Admiró la llanura, verdeante más y más á medida que la niebla se

retiraba suavemente, lentamente, para ir á refugiarse, como en su último baluarte, sobre las aguas del río Híjar, que nace al oeste de la sierra, y del cual los primeros rayos del Sol iban á arrojarla en breve. Vió á los aldeanos surgir por los caminos, uniéndose los mozos á las mozas con exclamaciones alegres; les oyó entonar á grito pelado la jota, cuyas notas se mezclaban al tañido de las campanas de las iglesias y al cascabeleo de los animales de labor, que cabeceaban, para desaturdirse quizás, agitando sus colleras adornadas de campanillas y cascabeles; relinchos, inugidos, rebuznos; todos esos gritos confusos, toda la extraña sinfonía de los campos al apuntar la aurora.

Peyrolles bucólico era un nuevo Peyrolles. ¿Podían anidar en su cerebro pensamientos que no fueran malvados?

Desde una ventana espiaban sus movimientos más imperceptibles, y mientras él escuchaba el canto de las aves, sus vigilantes decían cosas que le hubieran puesto los pelos de punta si las oyera.

Aurora de Nevers hallábase incorporada en el lecho, apoyando un brazo en la almohada, y sus hermosos ojos azules habían recobrado su antiguo brillo. Su tez parecía más fresca; sus labios, más rojos. Mariquita, sentada en el lecho y te-

niendo entre las suyas una mano de la enferma, narrábale la asechanza de Pancorbo, la lucha sostenida en el desfiladero y los sucesos de Madrid, sin omitir el peligro corrido por Cocardasse y la salvación del gascón.

La joven había mentido á Peyrolles al decirle que no sabía el francés.

Flor espiaba al factótum por la ventana; pero no perdía palabra del relato. De pronto un nombre la hizo estremecerse, y se acercó vivamente á la gitanita.

—¿Qué dices? ¿Has visto á Chaverny?

—Quizás sí; pero como no le conocía... Sé que estaba en Madrid disfrazado de aguador; nada más. ¿Quién es ese Chaverny?

El semblante de Flor tornóse radiante.

—¿Quién es?—exclamó con estusiasmo que no trataba de ocultar.—¡Tráele aquí con Lagardère, y verás si hay gente capaz de resistir á los dos juntos!

—Se buscan uno á otro. ¡Quién sabe si los encontraré juntos en Zaragoza! Pero prefiero decirte, hermanita, que no lo creo.

Doña Cruz inclinó la cabeza, y gruesas lágrimas aljofararon sus pestañas.

—¿Le amas?

—¿Quién te ha dicho que le amaba?

—Eso se comprende en seguida. Por qué

ocultármelo, hermana? Yo soy franca, y merezco que tú lo seas también conmigo.

—Pues bien; sí. Perdóname. Es verdad; le amo. Mariquita pensó melancólicamente:

—¡Sólo yo no soy amada! ¿Qué importa? Lo porvenir es indescifrable. ¿Acaso existe en algún sitio un corazón honrado que hará palpar de amor el mío? ¡Quién sabe!

Y tranquilamente añadió en voz natural:

—Á mademoiselle de Nevers, Enrique de Lagardère; á ti, Chaverny. Os los traeré á los dos. Á Lagardère, mañana; á tu amado, lo más pronto posible.

Poco después la gitana bajaba á saludar á su padre.

—Este castillo—le dijo—será mañana teatro de acontecimientos inesperados. Á media noche volveré; pero no sola: tú, padre, podrás estrechar la mano del hombre que me acompañará.

—¿Quién es?

—El novio de mademoiselle de Nevers. Él mismo te dirá su nombre, escribiéndole con la punta de su espada en la frente de Peyrolles. Si intenta llevárselas de aquí antes de que yo vuelva, tírale por la muralla al abismo.

—Eso sería indigno de mí. Mi brazo puede sostener todavía el acero.

—Pero lo mancharías con su sangre infame.

Conserva pura tu espada, padre. Ese hombre es indigno de morir en un duelo contigo.

—¿Qué crimen ha cometido?

—¡Todos los crímenes!

Casi todo el día lo pasó en la cámara de la enferma, y Peyrolles, que espiaba, más por costumbre que por desconfianza, no logró oír nada sospechoso. Las dos gitanas tenían el oído sutil y avizor: en cuanto oían los recatados pasos del factótum, se callaban ó hablaban de cosas insignificantes. Al anoecer el plan estaba definitivamente arreglado.

—Si no llegamos á la hora indicada y nos retrasamos aunque sea un día ó dos por sucesos imprevistos, no os alarméis—añadió previsora-mente Mariquilla.—Vendremos de todos modos.

Mucho antes de amanecer la gitana cruzaba las sierras, y por atajos y á buen paso tomaba el camino de Zaragoza, como un cervatillo que corre al encuentro de su madre, por aquellas veredas que le eran tan familiares. Alegre y feliz saludó á la Aurora á coro con las aves; y al mediodía se detuvo rendida á comer y descansar en Daroca. A las seis de la tarde entraba por el Arco de Cinejio en la ciudad de los Mártires, y poco después se hallaba bajo la histórica torre, donde desde las doce de aquel día debía de aguardarla uno de los cuatro.